

No iconos SINO MAESTROS

Fr. FRANCESCO D. COLACELLI

Se cumple ahora un año de la muerte de un gran devoto del Padre Pío. El más grande. Había comenzando a seguirle los pasos al inicio de su ministerio sacerdotal, en el lejano 1948. Desde entonces los dos caminos han sido paralelos, encontrándose sólo en ocasiones contadas pero muy significativas. La última, el 16 de junio del 2002, puso en clara evidencia la heroica tenacidad con la que ambos hicieron frente a la enfermedad y a la debilidad física para celebrar en el altar el misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo. Aquel Papa, obligado a consagrar sentado, ha traído a la mente de muchos las históricas imágenes de la última Misa del Padre Pío, incapaz también, en las postrimerías de su existencia, de celebrar de pie.

También los funerales de Juan Pablo II fueron un abrazo de fe y de devoción como los que paralizaron San Giovanni Rotondo el 26 de septiembre de 1968. Y ya se habla de curaciones prodigiosas atribuidas al Pontífice, próximo a ser elevado a los honores de los altares. Pero éstos son sólo los aspectos más evidentes, no los más importantes, que unen dos existencias vividas en gran sintonía, porque ambas han estado moduladas en la misma longitud de onda: la del Evangelio.

Ante todo han sido hombres de oración constante, intensa y au-

téntica. Verdaderos diálogos con Dios que proyectaban al hombre hacia lo infinito. Han sido profetas intrépidos, capaces de hablar con claridad el lenguaje del amor que, a veces, para corregir, debe también alzar la voz que proclama la verdad. Han sido testigos no del sufrimiento sino del valor salvífico del dolor a través de la palabra y, sobre todo, del ejemplo. Han sido sencillamente cristianos auténticos.

Ambos viven ahora su Pascua en el Reino de Dios y en esta tierra. Unidos a Cristo en la cruz, participan ahora de su gloria. Se espera durante horas para detenerse después ante sus respectivas tumbas. Sus retratos los encontramos en muchas casas y en incontables lugares de trabajo. Se pide la intercesión de uno y de otro para superar las dificultades, pequeñas y grandes, de la vida. El Padre Pío ya tiene dedicadas las primeras iglesias. Muy pronto las tendrá Juan Pablo II. Pero todo esto tiene el peligro de quedarse en devoción estéril si los dos "santos" quedan prisioneros de sus iconos, encerrados en sus sepulturas, ocultos detrás de un cirio o de una lámpara votiva. Ellos están vivos. Y quieren continuar viviendo. Dentro de nosotros, a través del mismo sentimiento de amor que los hizo pastores capaces de dar la vida por su rebaño. Delante de nosotros, como ejemplos que imitar, porque han demostrado que es posible recorrer los inaccesibles senderos de la santidad también en esta época de múl-

tiples tentaciones y de conciencias adormecidas.

Tanto el Santo capuchino como el inolvidable Pontífice han puesto la salvación de las almas como objetivo prioritario de su ministerio. Para esto han gastado sus vidas, hasta el último impulso de sus fuerzas. Y con este objetivo no han querido sustraerse a la evidencia de su propia fragilidad, a cambio de dejar patente el infinito amor divino, reflejado en su limitado, pero tangible, amor humano.

Estas dos figuras, tan veneradas, sean, pues, para nosotros motivo fuerte de estímulo. Porque si es verdad – como escribió el Padre Pío – que "Cristo resucitó inmortal a la vida gloriosa" y por esto "debemos también nosotros resucitar inmortales a la vida de la gracia", no lo es menos que nosotros debemos poner también nuestra parte con el «firme propósito de no dejar nunca más, en el futuro, ser víctimas de la muerte espiritual del alma».

Para esta santa Pascua les deseo, como me deseo a mí mismo, la gracia de llegar a ser discípulos de estos dos grandes maestros. Y haciendo mías las palabras de nuestro santo Cohermano, les digo: «Quiera el Señor ratificar mis deseos con sus bendiciones; yo seré feliz de haberles demostrado cómo y en qué medida quiero su felicidad, con qué entrega la procuro y con cuánta insistencia la pido».